

de piedad del Croiset, las Meditaciones del P. Nepveu, las Prácticas morales de Giannotti, las obras espirituales de Liguori, el Cristiano instruido y el Maná de las almas de Segneri, casi todas las Meditaciones del P. Da Ponte, provistas de buenos índices generales, libros son de que tal vez poco caso hacen nuestros elegantes predicadores, que nunca supieron el modo de hacer un buen uso de ellos, pero que abundan en jugo, y en reflexiones doctas y devotas, que podrán abastecernos de escelentes materiales para nuestros sermones, y ciertamente son mas útiles que esa multitud de predicadores que otros consultan de preferencia.

Hay que observar que los que elaboran sus predicaciones, segun las luces de la fe, obran mas en los ánimos que los que emplean razonamientos humanos y argumentos naturales, porque á las luces de la fe y las razones sobrenaturales acompaña siempre cierta uncion celestial que misteriosa y secretamente se difunde en el corazon de los oyentes, y que conmueve á la misma impiedad; al paso que los razonamientos de moral natural y de filosófica filantropía, nunca hablan del mismo modo á los corazones, y esto es otra prueba en favor de los buenos libros ascéticos, que abundan en pruebas y luces espirituales y celestiales. Si se trata de componer homilias, hay dos buenos libros, la *Concordia evangélica*, con su comentario de Giansenio obispo de Gante, y la *Biblioteca Patrum concionatoria* del P. Combefis. Ambas estas dos obras reunen lo mejor que fué escrito sobre los evangelios por los santos padres, que con tanto estudio los meditaron é interpretaron. Tampoco hay que olvidar las homilias de Monseñor de la Luzerne, y el Evangelio meditado de Duquesne.

ART. XVIII.

Del método de componer nuestros sermones.

El buen modo de predicar dependiendo del modo de componer el sermón, vengamos á la práctica de este arte importante<sup>1</sup>.

El primero de todos los esfuerzos del predicador, es el escoger los asuntos de la composicion, dejando los temas ligeros y poco prácticos, los argumentos brillantes, metafísicos, elevados, apologeticos, siempre inútiles y á veces perjudiciales. Es cosa lastimosa el ver que hay predicadores que convierten la predicacion cuaresmal en un tratado de metafísica, y en vez del zelo apostólico por la conversion de las almas, solo aspiran á la fama que debe resultarles por la novedad del asunto y título de sus sermones. No, no convirtamos las iglesias en ateneos, sino prediquemos á Jesucristo, *et hunc crucifixum*. Sin tantos discursos pomposos sobre los triunfos de la fe y contra los incrédulos, hagamos que triunfe la religion con la conversion de los pueblos; lo que solo se alcanza con la mas sólida predicacion de la verdad y de las máximas evangélicas, las cuales se dirigen á todo el auditorio y convierten los corazones, teniendo mas efecto sobre los mismos impíos que todos los argumentos y silogismos. Si se quiere escoger sinópticamente una bella serie de estos planes utilísimos y realmente evangélicos, recórrase la tabla de materias de las meditaciones del P. Nepveu, en que se encuentran concebidos con un orden y claridad particular.

<sup>1</sup> Se está publicando ahora por los mismos editores una BIBLIOTECA PREDICABLE que formará 16 tomos 8º, por series de 2, 3 y 4 tomos. Esta obra, muy recomendable, es casi indispensable á todos los sacerdotes.



Una vez escogido un plan útil y práctico, debemos procurar buscar y juntar en los buenos libros como un primer bosquejo, los mas sólidos materiales de nuestro sermón. En seguida nos esforzaremos en conglutinarlos, en digerirlos con la meditacion; despues se deberá dar el desarrollo y órden correspondiente para que resulte el diseño de la predicacion, y no hay que proceder á escribir si no se posee de antemano la idea del razonamiento. En la mesa ó carpeta se deberá tener un pliego de papel para apuntar toda reflexion que pueda despertarse en la mente, y que pueda parecer oportuna relativa á una ú otra parte de nuestra predicacion.

Reunidos y meditados los materiales, y concebida en el fondo la idea del discurso, se procederá á escribir, procurando deducir de las mismas visceras del argumento la introduccion y el exordio. Despues se establecerá la proposicion con su division, si así es conveniente, mas con la claridad y moderacion de una verdad teológica y moral, evitando la afectacion de querer introducir siempre la division donde mejor se hallaria una proposicion clara y general, como igualmente las paradojas y las antitesis oscuras y enigmáticas. Luego éntrese en la demostracion ó cuerpo del sermón, en que conviene proceder con una sabia distribucion ó serie progresiva de pruebas y reflexiones; de modo que una nazca de la otra, y que, por su efecto reciproco y por la fuerza que mutuamente se prestan, vaya siempre creciendo el argumento en el desarrollo de su estension. Nunca debe faltar la peroracion, la cual debe ser en general en un tono patético y exhortante, procurando hacer impresion en las almas con pocas palabras, mas llenas de fuego y ternura.

Antes y mientras la composicion, humillémonos á me-

nudo ante el divino crucifijo, con breves y calmosas oraciones, para adquirir de esa fuente de vida un incendio de caridad, que se difunda en todo nuestro sermón. Para poseer una lengua docta que á las almas depare la palabra de salvacion, observa en mas de un lugar la escritura que debemos tener la oreja abierta para escuchar á Dios, y para dar á los hombres lo que de Dios recibamos: *Dominus Deus aperuit mihi aurem* (Isai., c. 50, 5). El manantial de la palabra exterior que contribuye á salvar las almas, es la mayor ó menor fidelidad que tendremos en oír la palabra interior del espíritu de Dios en la oracion.

En tanto cuanto esté de nuestra parte, penetrémonos del asunto que tratamos, y de los afectos que queremos inspirar á los demas, y si alguna lágrima se escapa de nuestros ojos, precursora sea de las que vertirán nuestros oyentes.

Transportémonos con la imaginacion delante de nuestro auditorio, escribiendo como si nos hallásemos dirigiéndole la palabra, y siendo nuestro fin ser entendido, instruir y conmover los ánimos de los que nos escuchan. Que la práctica sea el principal terreno en que campee nuestra persuasion, señalando vivamente las vias del pecado y los ejercicios de la virtud. Ocupados de las cosas y no de las palabras, de la grandeza é importancia de las máximas, y no de las frases que deben espresarlas, procuremos emitir y espresar la verdad de las ideas; y de este modo llegaremos á escribir en el estilo de la naturaleza, esto es, con claridad, con verdad, con afecto, digamos mas, con elocuencia.



ART. XIX.

Dignidad y calidad de los predicadores.

La predicacion es el empleo mas illustre de la Iglesia; mas la eminencia del ministerio de medida sirve á la virtud del ministro: *Sube sobre un alto monte* (Isai., 40, 9). Lo primero que manda Dios al que debe anunciar el Evangelio es que suba á un alto monte, mostrando así, dice san Gregorio, cuanta exaltacion en la santidad es necesaria antes de hablar á los demas. A menudo hablan los predicadores de los grandes estudios que les acarrea la funcion sagrada que ejercen; mas no piensan del mismo modo en los tesoros espirituales que hay que reunir para adquirir la ciencia de los santos: *Antes de pasar al juicio, prepara la justicia*, dice el Sabio (*Eclesiast.*, 18, 19), *y antes de hablar aprende*: aprende la justicia y la piedad, aprende con la lectura y oracion, aprende de Dios y de los hombres. Jesucristo y san Juan Bautista pasaron treinta años en una vida humilde y oscura, y no comenzaron su predicacion antes de salir del desierto. Los que se introducen de otro modo en el ministerio no piensan que, si útiles pueden ser á los demas, serán cuando menos inútiles á sí mismos. Mas tampoco lo serán á los otros si se presentan con un corazon vacío del espíritu de Dios. Felices son los predicadores á quienes tocan almas regadas con la gracia del Señor, mas aun mas felices las almas que encuentran predicadores que prepararon y purificaron el interior de su corazon. La bondad de la vida da mas peso á un discurso que la elocuencia, y el predicador que no une el ejemplo á la práctica, es un vano so-

nido, un cimbalo estrepitoso, pero que no conmueve. *La lengua de la boca*, decia san Francisco de Sales, *habla á la oreja del cuerpo, mas la lengua del corazon habla al corazon de los oyentes*. Nunca predicará el predicador con zelo y con elocuencia cristiana lo que teme practicar, y fácil será probar que, desde los apóstoles hasta nuestro siglo, los mas elocuentes oradores siempre fueron los mas santos.

El predicador evangélico debe elevar su estilo al nivel de la dignidad y santidad de su ministerio. Una vida retirada, un vestido grave, un exterior modesto deben caracterizarlo. A la predicacion se prepara con la penitencia, ni se espone á pronunciar los oráculos divinos, si no ha purificado de antemano su alma de todo pecado, á lo menos con un acto de contricion, pues no ignora que predicando en estado de culpa, sin haberse á lo menos arrepentido, provoca á Dios, impide el fruto de la palabra divina, y peca en el acto mismo de perseguir al pecado, segun la palabra de santo Tomas (*In exposit.*, *Psalm.* 49, v. 16. *Idem. Quæst.* 3, *solut.* 2 ad 4), y segun la misma palabra de Dios por boca del profeta real: *Peccatori autem dixit Deus: quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?* (*Psalm.* 49, v. 16.) Mientras que dura su predicacion, renuncia á todo trato con el mundo, á menos que sea por necesidad, ni se le ve en las conversaciones y banquetes, en que destruyen tantos predicadores lo bueno que pudieron decir en el púlpito. La predicacion la acompaña con la oracion, pues, como dice san Pablo, nada es el que planta ni el que riega, y Dios es el que da el crecimiento. En consecuencia un predicador debe ser un hombre de oracion, teniendo á cargo hacer bajar en sus palabras las



bendiciones de Dios, y para que logre su incremento la semilla que tiene á cargo esparcir en las almas. Muchos predicadores buscaron la elocuencia, mas esta tan solo busca á aquellos que predicán con el espíritu de Dios.

ART. XX.

Opinion respetuosamente subordinada al zelo y ciencia de los obispos, relativamente al modo de formar los buenos predicadores.

Con tristeza observamos que faltan esos zelosos y sólidos predicadores del Evangelio, y particularmente por lo que concierne á las misiones, penuria cada vez mayor, y cuya causa puede hallarse en tantos jóvenes eclesiásticos que á la predicacion se abandonan. Apenas salidos de las aulas, poseyendo apenas los primeros elementos de las sagradas ciencias, no formados aun en el gusto y en la doctrina de la sagrada elocuencia, se abandonan á su fantasia juvenil, y cultivan esa falsa escuela que peca por la hinchazon y vana pompa, y que no obstante agrada á muchas personas desprovistas de buenos principios. De este modo componen y predicán sin gran fruto, desprovistos de espíritu evangélico, hasta que demasiado tarde advierten algunos que se descarriaron, cuando les falta el tiempo ó valor para tomar otro rumbo.

Si hay remedio á este mal, tan solo puede provenir del poder y providencia de los obispos. Los que desean la buena instruccion de su clero, y que fomentan los buenos estudios, deben ocuparse con cuidado especial de la predicacion como el instrumento mas eximio de la salvacion de las almas, y la mira principal de los prelados: *Hoc est præcipuum episcoporum munus* (Conc. Trid., sess. 4, c. 2. *De Reform.*). Desde que aumentado fué

el número de los fieles y de las Iglesias, no pueden predicar solos los obispos, porque no pueden hallarse en todas partes, y porque ocupados del régimen de la diócesis, importa que se asocien otros operarios, y que *envien discípulos ante su faz* para anunciar el reino de Dios. Así, el modo en que deben concurrir á la grande obra, es escoger buenos predicadores que correspondan al fin de la mision, y á los deseos del *dueño de la mies*.

En el curso de los estudios eclesiásticos en los seminarios, buena medida será que se repita á menudo á los mejores alumnos del sacerdocio, los mas claros y sólidos principios de la predicacion apostólica, para que se guarden contra los autores de falsa elocuencia, que seducen y deslumbran frecuentemente las imaginaciones juveniles. Pero, como no es posible cultivar eficazmente, bajo este punto de vista, toda la multitud de alumnos, convendria que el superior, despues de haber explorado los talentos mas idóneos, escogiese un corto número, el cual no solo fuese alentado y cultivado, principalmente en esta parte, en el curso de sus sagrados estudios, sino que fuese observado tambien en los primeros años de sacerdocio, para ver el pliegue que toma, y poder reclamarlo á la buena via.

No faltarian medios de efectuar que, en el mismo seminario, ó al lado de algun varon descollante en la buena escuela evangélica, residiesen por algun tiempo algunos jóvenes sacerdotes, de los que mas prometen, mientras que, con lecciones, y sobre todo con la práctica de leer los mejores autores, de conferir y de escribir, se afianzen en los buenos principios y en la santa predicacion evangélica, en términos de no dar que temer. Estos pocos esparcirian el gusto en los demas.



Para las misiones especialmente y para los santos ejercicios, utilísimo será que tuviese cada diócesis una casa ó instituto particular de algunos sacerdotes principalmente consagrados á este importantísimo objeto, en la que residiesen los alumnos más sobresalientes, y fuesen amaestrados é instituidos con el método más regular. ¡Qué ventaja sería para la diócesis el tener los propios operarios unidos en la misma casa, sujetos á la misma regla, educados con el mismo fin y con los mismos estudios, preparados en la oracion y en el retiro, prontos á volar dó los aguarda el trabajo, y los reclama la voz de su obispo. Los sacerdotes seculares nunca son tan aptos; es necesario buscarlos aquí y acullá; arrancar á sus parroquias y feligreses los curas párrocos; no todos se hallan bien preparados; ni siempre concuerdan en los mismos principios; no tienen todos la calidad del espíritu que especialmente se cultiva en el retiro, al paso que una casa de religiosos evita todos esos obstáculos, reúne muchas otras comodidades, y consiguiénte mente mayores disposiciones para este santo ministerio. De ella podrían salir los mayores oradores no solo para las misiones y ejercicios, sino también para tantas otras funciones, influyendo sobremanera con su ejemplo para el buen gusto de la predicacion evangélica.

ART. XXI.

De la utilidad de las santas misiones, y de los ejercicios de san Ignacio.

Los sacerdotes y pastores del rebaño de Jesucristo, no solo tienen deber de predicar ellos mismos, sino también de abastecer á sus pueblos de predicaciones estraordi-

narias de *misiones* y *ejercicios espirituales*, por medio de varones apostólicos.

Los prelados más esclarecidos de Italia y Francia, de los cuales nos contentaremos con citar á Bossuet y Fénelon, consideraron siempre las misiones y ejercicios como uno de los mayores medios que puede emplear la Iglesia para reformar los pueblos. Y á este particular, conviene recordar, con especiales alabanzas, el gran obispo de Amiens, M. de la Motte, el cual no solo mandaba misioneros en toda su vasta diócesis, sino que á menudo á ellos se unia, y acudia á los lugares más notables ó necesitados en que se fijaba para hacer la mision; y tanto se complacia en esta buena obra, y tan buenos frutos derivó de ella, que, hasta la edad decrépita, no pudieron distraerle de ella la distancia de los lugares ni el rigor de la estacion. Este mismo virtuoso prelado fué, en todos tiempos, apologista acérrimo de la santa obra de las misiones contra la ignorancia y mala fe de aquellos que procuraban desacreditarla.

« Hay muchos, decía, que no aprueban las misiones.  
« Los libertinos las temen y calumnian, porque atacan la  
« falsa seguridad de su conciencia, y suspenden sus falsas alegrías. Ciertas personas seculares, por otra parte  
« dignas de respeto, y otros eclesiásticos, no menos recomendables, prevenidas se hallan en contra ellas, que  
« tan solo conocen por falsos informes. Yo sé por experiencia que las misiones son de inmensa utilidad para  
« la salvacion de las almas. En ellas, ó en los ejercicios,  
« cumplen los pecadores sus propósitos de conversion,  
« las personas honradas del mundo abrazan un género  
« de vida más cristiano, y las almas pias adquieren nuevo temple. En mi concepto, las misiones fueron siempre



« ocasion de reconciliacion entre los enemigos y litigan-  
« tes, al paso que de útiles reflexiones para las almas  
« disipadas, de sobriedad para los que se entregan á la  
« gula, de vida arreglada para los libertinos. Bien sé  
« que muchos de los pecadores convertidos volverán á  
« recaer, mas no todos, pues los habrá que morirán poco  
« despues de su reconciliacion, y, entre aquellos que re-  
« caerán, los habrá que volverán á levantarse, como tam-  
« bien los que continuarán en el libertinage no dejarán  
« de experimentar remordimiento, y este remordimiento  
« podrá ser fructuoso en circunstancias felices. Por úl-  
« timo, aun cuando una mision únicamente produjese la  
« salvacion de un alma sola rescatada con la sangre de  
« Jesucristo, aun cuando únicamente sirviese á impedir  
« un solo pecado; aun mas digó, aun cuando no tuviera  
« mas efecto que el de escitar nuestra paciencia, ¿ no  
« seria esto suficiente motivo para inflamar y sostener  
« nuestro zelo, si este es segun la fe? »

ART. XXII.

Los mismos sacerdotes tienen tambien obligacion por su parte de escuchar  
la palabra de Dios.

Los ministros de Dios necesidad tienen del pan que dispensan á los demas. La obligacion que les incumbe de anunciar á sus hermanos la palabra de Dios, es un nuevo motivo que hace que de escucharla tengan una necesidad mayor ellos mismos : *Comede et pasce*. Para hablar, hay que escuchar y mucho. La palabra que dispensan no es siempre tan provechosa para ellos mismos, como la que reciben. Mientras que se hallan en la cátedra cristiana, no se ocupan mas que de los otros, al paso que cuando

se hallan confundidos con los oyentes, piensan en si mismos. Si, durante su predicacion, bendice el Señor sus palabras porque útiles son á los fieles; cuando escuchan, el Señor acompaña con la gracia su atencion, porque las mismas verdades á ellos mismos son útiles. La economía ordinaria de Dios es comunicarse á los hombres por el ministerio de otros hombres. Toda la importancia que resulta de la palabra divina al pueblo, hay que considerarla igualmente relativamente á los sacerdotes y pastores. La ciencia y la instruccion no son los únicos frutos de la palabra evangélica, y los solos que se debe desear; la uncion y la penetracion de los corazones que Dios opera con su gracia, frutos son tambien, y aun mas deseables. Un sacerdote puede sobrepujar á todos los demas en erudicion; mas, si olvidando su ciencia, y en la humilde disposicion de un hombre que gusta la divina palabra, se asocia con los ignorantes para escucharla, encontrará en ella luces y movimientos que nunca halló ni podrá hallar en sus estudios. ¡Qué bello y decoroso es, qué buen ejemplo difunde en los fieles la vista de sacerdotes que asisten con respetuosa atencion á la palabra divina! Nada esparce el respeto á esta divina palabra, nada vuelve mas devotos y aptos á los fieles para recibirla, como el respeto que por ella muestran los sacerdotes.

Mas desgraciadamente no es muy comun este ejemplo; orgullo ó indevacion, los eclesiásticos se muestran indiferentes y cansados de la palabra de Dios, y hacen poco caso de atributo tan glorioso de su ministerio, y de gracia tan importante del Padre de las luces. Reunidos en la sacristia, ó dormitando en el fondo del coro, dejan caer inútilmente las palabras de eterna vida que el pastor



ó el predicador difunden en el rebaño de Jesucristo. Obsérvese á los fieles atentos y conmovidos, y á los sacerdotes insensibles y disipados.

Pero *el que es de Dios escucha sus palabras* (Joan., 8, 46). El que cuenta en el número de sus hijos, oye con religioso placer la voz divina. *Pero vosotros no las escuchais, porque no sois de Dios*. Esta sentencia de Jesucristo debe hacer temblar á los sacerdotes sin gusto ni respeto por la palabra de Dios. Si esto es, en un hombre del siglo, señal de no pertenecer á Dios, y preludio de reprobacion, ¿qué deberá ser en un ministro de Jesucristo?

ART. XXIII.

De un defecto muy comun en los eclesiásticos, y que consiste en profanar con críticas, ó con encomios humanos, la palabra de Dios

Los que obligacion especial tienen de conocer y respetar el origen celestial y la naturaleza incorruptible de la palabra divina, son los que mas la degradan considerando bajo un aspecto meramente humano, y viendo la palabra del hombre en la palabra de Dios. Si acuden á escucharla, los mueve un espíritu de curiosidad y de crítica, y el predicador para ellos es tan solo *ese músico suave que da deleite agradable á sus oídos*. Despues de haberla escuchado, en vano se busca en ellos un pensamiento de Dios; solo se oye alabanzas y críticas enteramente paganas, y parece que acaban de oír el discurso de un hombre, y no la voz de Dios. Alaban á menudo lo menos laudable; admiran ciertas calidades menos esenciales, ó caprichosas, ó imaginarias, al paso que no saben discernir ni gustar la dulzura y la gracia del espíritu de

Dios, que á menudo habla por la boca de los predicadores menos admirables á los ojos del mundo.

La mejor alabanza, y la sola que conviene á un orador sagrado, es la devocion con que se le escucha, y el fruto que se retira. Admiremos el entusiasmo de un hombre realmente conmovido que manifiesta su gratitud al orador cristiano que despertó en él las mas santas afecciones; mas, al mismo tiempo, compadezcamos al frivolo sacerdote que aspira á ser alabado, y al oyente que con vanos encomios fomenta esta ambicion. Recibamos la verdad como pan del corazon, y no como diversion del ingenio. Oigamos con la misma atencion y respeto la palabra ordinaria de un simple párroco, y la del mas célebre orador. Asistamos á los sermones de nuestro pastor, que es el instrumento de que se sirve Dios para hablar á todo el rebaño, y, cuando nos sentemos para escuchar, digamos con el sentimiento de Samuel: *Loquere Domine, quia audit servus tuus* (Reg. 1, 3, 10). Guárdenos el cielo de indecorosas censuras, y aun mas del sacrilego exceso de que nuestras críticas lleguen hasta el escarnio y la befa, cuando solo debemos respirar humildad y veneracion. Peores seremos que el demonio, si, no contentos con no sacar provecho alguno y alejar de nuestros corazones los efectos saludables del ministerio evangélico, sofocamos con nuestra burla en los demas los frutos que puede haber producido. Nunca perdamos de vista esta consideracion, que en el sagrado ministerio Dios mismo nos habla. A mi mismo me escuchais, dice el Salvador, al escuchar á los que os hablan de mi parte. Estad atentos á mi espíritu invocándolo, y atrayéndolo por la oracion, y no únicamente á mis palabras, que en sí solas no os serán de utilidad alguna. Estimad la palabra



como que emana de Dios, y no segun la persona que la anuncia, ni segun como la anuncia. Este modo de juzgar puede, cuando mas, escusarse como una debilidad en los hombres del siglo. Los sermones de un ministro del altar, no deben ser considerados como los discursos de un académico. No juzgueis esa palabra formidable que será vuestro juez en el último dia.

---

## CAPITULO XV.

### DEL MODO DE OIR LAS CONFESIONES.

---

#### ARTÍCULO I.

##### Dignidad de este ministerio.

El altar, el púlpito y el confesionario son los tres puntos mas luminosos de la grandeza del sacerdocio. En el confesionario es juez el sacerdote, juez en vez de Jesucristo, juez en la causa eterna de la salvacion. No hay poder mayor, ni puede concebirse autoridad que comparable sea. El mundo nos deslumbra con el esplendor de su poder y de sus pompas; mas nada iguala á un humilde siervo de Jesucristo al pronunciar la sentencia. *Yo te absuelvo de tus pecados*. Los mismos cielos se maravillan. El Salvador habia llenado la Judea de los mas estupendos prodigios; pero, al oir de su boca estas palabras: *Remittuntur tibi peccata tua* (Luc., 7, 48), atónitos quedaban los Judíos: *Quis est hic qui etiam peccata dimittit?*

Los mismos monarcas de la tierra doblan la rodilla ante la autoridad de un sacerdote. Al morir un principe sublime, lo rodean todos los grandes de su corte, mas esta corona de magnates se retira al comparecer un humilde sacerdote que solo puede dar consuelo y abrir las puertas del cielo al que convoca en torno á su lecho toda la grandeza de la tierra. Los mas famosos juicios pronunciados en las cortes del mundo no pueden compararse, ni por asomo, con los que, sin pompa, mas con autoridad divina, son emitidos en el tribunal de la penitencia, pues, si en aquellos se trata de los bienes temporales, en este se decide de los tesoros eternos.

#### ART. II.

##### Obligacion de prepararse y ejercer este santo ministerio.

La esencia del sacerdocio consiste en su doble poder en el cuerpo natural y en el cuerpo místico de Jesucristo. El primero se ejerce en los altares en la consagracion, y en el sacrificio eucarístico; el segundo en los fieles en el tribunal de la penitencia por la absolucion de los pecados, y en las cátedras evangélicas por la predicacion de la divina ley. La misa, la predicacion y la confesion son tres oficios inherentes al caracter sacerdotal, y de igual obligacion en el ministerio eclesiástico. A pesar de esto, hay eclesiásticos que se contentan con el primero, y no piensan en adiestrarse en los dos otros. Parece que poco se cuidan de ejercer todo el poder del sacerdocio, y que se contentan con ser, no sacerdotes á medias, sino un tercio de sacerdotes, digámoslo así, pues prescinden y no se preparan á las fatigas del confesionario, olvidan-